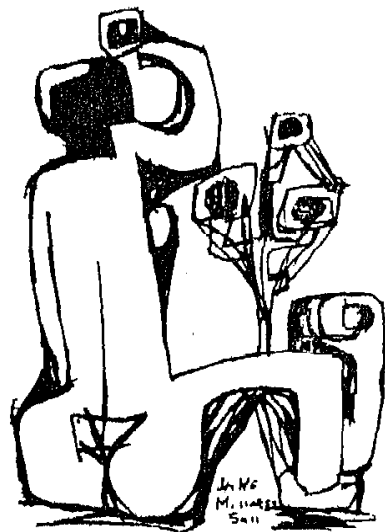


NARRACIONES Y CUENTOS



.....
*Se ha abierto un abanico de milagros
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

JUAN DE LA CRUZ

(DE LA VIDA DE UN POBRE DIABLO)

Abrió bruscamente la ventana. Un suave olor de azahares flotaba en el aire húmedo de aquella noche de otoño. El croar monótono de las ranas era el único rumor que turbaba el silencio nocturno. Un perro ladró muy cerca y las ranas enmudecieron, como obedeciendo a una imperiosa voz de mando. Después el silencio se adueñó nuevamente de la noche, un silencio tan profundo que, a su través, parecía oírse el lejano temblor de las estrellas.

Juan de la Cruz se dejó caer pesadamente en el desvencijado sillón que se descoyuntaba junto a la mesa cubierta de papeles y libros. Durante unos minutos paseó una vaga mirada por las desnudas paredes, y luego, cerrando los ojos con expresión de profundo cansancio, pareció sumirse en un sueño tranquilo y, al parecer, sin imágenes ni pesadillas.

Y, sin embargo, Juan de la Cruz soñaba.

Percibía, con alguna confusión, su niñez y, más adelante, en ese rápido transcurrir de tiempo característico de la infancia, veía ésta con una claridad que se precisaba y como que se agudizaba al contacto con los años de la adolescencia y de la edad madura, hasta llegar al momento actual en que, física y moralmente destrozado, buscó refugio en la grata y humilde soledad del Valle Angosto.

Al promedio del estrecho sendero que se interna en el valle, se alza el viejo caserón de agrietadas paredes con grandes manchas verdosas de humedad. Resguardado al norte por las altas tapias de la huerta vecina, cuando el viento viene de aquel lado, todo es paz y sosiego; en cambio, cuando sopla el viento del sur, seco y ardiente, trepidan los viejos muros cual si sufrieran los efectos de un temblor de tierra. El limonero, plantado frente a la puerta,

agita sus ramas con estremecimientos convulsivos, haciendo caer en torno suyo una olorosa lluvia de azahares.

Allí, junto a la ventana abierta, Juan de la Cruz evocaba sus primeros años.

Veíalos envueltos en una tenue bruma, semejante a la que rodea y hace vacilar en el límite de lo real las cosas soñadas. Y un sueño fue, en verdad, su infancia y, acaso, su vida entera: un prolongado y triste sueño.

El primer recuerdo que surgía en su memoria era el de una sala blanca, muy blanca, con una gran puerta y dos ventanas pintadas de verde. Frente a ellas unas gradas de madera, gastadas por el uso, en las que se sentaban, inquietos y bulliciosos, unos quince o veinte chiquillos que vestían, hablaban y gesticulaban como él y eran algo así como su propia sombra, o bien era él como la proyección de todas sus sombras juntas. A su alrededor se agitaban, en un continuo ir y venir, otras sombras mayores, con unas telas blancas por la cabeza. Más adelante supo que aquellas sombras eran en el mundo sensible —entonces para él casi insensible— unas señoras muy buenas y muy santas, según decían sus padres... y así sería; pero a él se le antojaban iguales al jardín de recreo, árido y reseco, limitado por blancas y altas tapias.

* * *

(Una cosa ha de anotarse antes de seguir en su inquieto sueño a Juan de la Cruz. Debió ser innata en éste la obsesión de aquel hombre, con cara de perro, que le persiguió tenazmente durante toda su vida. Los ojos de aquel ser extraño no expresaban amor ni bondad —características propias del can doméstico—; no, antes al contrario, sus ojos eran ojos de perro carnicero, ojos de lobo, con estrías rojas en torno a las feroces pupilas.)

* * *

Un salto en el vacío de los recuerdos, y el niño vuelve a encontrarse en una sala, más reducida que la primera, sentado, en unión de otros niños, en torno a una mesa tras de la cual se yergue el voluminoso busto de la maestra, una solterona de más de cuarenta años. No pertenecía ésta

al tipo clásico —carácter agriado, gesto de vinagre— que se asigna a las que el amor, siempre travieso y a veces cruel, volvió las espaldas para siempre, mostrándoles el carcaj vacío como un corazón sin ilusiones.

No. Doña Catalina era una mujer amable, cariñosa y comprensiva. Sólo en una cosa se mostraba dura e inflexible: en que se alterara una sílaba, una letra o una coma cuando sus alumnos leían o recitaban de memoria las lecciones del libro de texto. Solamente una vez, según cuentan, se salió de sus casillas la bondadosa doña Catalina. Cierta día ocurriósele a Juan de la Cruz, obligado por una urgente necesidad, acercarse a la maestra cuando ésta hablaba con un señor, que debía ser muy respetable a juzgar por su espaciosa y limpia calva, sus gafas de oro y la venerable barba blanca. A la apremiante y angustiada petición del pobre diablo, respondió doña Catalina dando un tremendo puñetazo sobre la mesa y gritando: ¡Imprudente! Excusado es decir que la necesidad y el miedo obligaron a Juan a evacuar rápidamente por la *vía húmeda*.

La niñez de Juan de la Cruz transcurrió así, entre sombras, incolora e insípida como la de la mayoría de los niños, sin que aún se manifestase claramente su triste sino de pobre diablo.

Un día —fue en los comienzos del verano, en vísperas de vacaciones— notó la ausencia del compañero que se sentaba a su lado. Era un muchachito rubio, pálido, con grandes ojos azules que miraban con desconsuelo. Fue la primera vez que la muerte le rozó con sus negras alas.

* * *

Otro salto en el vacío, y éste mucho mayor, pues abarca un buen número de años. Durante éstos, Juan de la Cruz terminó con medianas notas sus estudios de bachillerato, quedando oficialmente facultado para cursar estudios superiores. Como su falta de recursos no le permitía estudiar una carrera larga, siguió los breves estudios que le llevaron a adquirir el título de Practicante o Cirujano menor, con cuya profesión inicia —involuntariamente, por supuesto— su penosa y larga odisea de pobre diablo. El *debut* fue desastroso. Llamado con urgencia para inyectar a

un paciente, bastó que el pobre Juan de la Cruz le pinchara cuidadosamente un brazo, para que el enfermo, como si sólo aguardara la intervención del pobre diablo, cayera redondo al suelo. A esto se redujo su actuación como profesional.

Vivía por entonces con su madre en un barrio algo alejado del centro de la ciudad, teniendo frente a las ventanas de su casa la maravillosa visión del mar, irritado o en calma, y la del cementerio que le brindaba como un anticipo del reposo y paz eternos. A lo lejos, sobre la arena dorada de la playa, se agrupan las chozas de piedra de los pescadores y resaltan el verde y rojo de las barcas varadas junto a la orilla.

En aquel barrio tuvo sus primeros amores, que por tratarse de un pobre diablo de nacimiento, tenían que ser forzosamente desgraciados o ridículos. Ella no era ni bonita ni fea, ni tonta ni inteligente, era tan sólo insignificante. Un día, al regresar Juan de su cotidiano paseo, vio a un hombre junto a la ventana de su novia. Indudablemente debió sentir en el corazón el consabido vuelco con que esta importante víscera da el *quién vive* en presencia de cualquier acontecimiento agradable o desagradable que la vida nos ofrece. Dio media vuelta, y desde entonces no quiso acordarse más de la que fue su novia ni del santo de su nombre.

* * *

Juan de la Cruz se removió inquieto en el sillón, en tanto las ranas seguían entonando en el valle su inarmónico croar y el olor de los azahares parecía hacerse más penetrante.

Surgía ahora de la bruma la silueta picaresca y achulada de su amigo y compañero de colegio Luis Fernández, que tan funesta influencia ejerciera en su triste vida de pobre diablo. Veíase en compañía de Luis ante la mesa de una taberna, frente a la playa cubierta de piedras redondas y negruzcas, pulidas por el mar que las arrastra en la resaca con ruido ensordecedor. Caía la tarde, y el viento sur, fuertemente impregnado de olor a algas y a

pescado podrido, soplaba con violencia. El cielo tenía un tinte violáceo que no presagiaba nada bueno.

Luis, entusiasta, hacía el elogio de una nueva pupila de casa de la Clara.

—Créeme, chiquillo, es una gran mujer. Alta, delgada dentro de los límites de la estética, y algo ojerosa; pero ya sabes que a mí me encanta el tipo romántico, estilo Margarita Gautier. Y, además, no olvidemos que la carne —la mucha carne, digo yo— es uno de los enemigos del alma.

Juan de la Cruz vacilaba. Las tres copas de coñac, bebidas casi inconscientemente, le enardecían la sangre. Él nunca estuvo en la intimidad con una mujer, y ahora que se le presentaba una ocasión propicia para vencer su timidez, iba a atreverse.

—Vamos— dijo tartamudeando.

Y en aquel instante la visión trágica se hizo presente. El hombre-perro le miraba desde la puerta de la taberna con sus ojos inyectados en sangre, invitándole, con una horrible sonrisa que ponía al descubierto sus enormes y afilados dientes, a emprender la aventura. Parecía decirle suavemente, quedamente:

—Atrévete, hombre, atrévete, no seas cobarde. En ese acto, tan natural por otra parte, no hay el menor peligro. Vamos. sé hombre. ¡Atrévete!

Cuando salieron, empezaba a llover. Cayó primero el agua en gruesas gotas que rebotaban ruidosamente sobre las piedras, y luego, con mayor violencia, hasta convertirse en un verdadero diluvio que los envolvió en una densa cortina de agua, detrás de la cual se divisaban la playa y el mar como a través de un cristal esmerilado.

Un espeso y agrio olor a humanidad hirió el olfato de Juan de la Cruz, haciendo revivir en su memoria las poco gratas sensaciones de aquel lejano día: la repulsión experimentada al contacto de la piel áspera y calenturienta de aquella mujer desconocida, que le hizo iniciar un brusco movimiento de retroceso, dominado al instante por vergüenza y amor propio.

Lo demás, las dolorosas consecuencias de su crasa ignorancia de los más elementales preceptos higiénicos, hubo de sufrirlo andando el tiempo.

Al darle de alta, el doctor Acosta le aconsejó paternalmente:

—Hay que tener mucho cuidado con esos pulmones que noto algo resentidos. Además, Juanito, debes hacerte la cuenta de que *ella* no existe. Al decir *ella*, me refiero a la que podía ser tu mujer legítima, la madre de tus hijos. En cuanto a las otras, sólo te recomiendo que no olvides que no debe confundirse el amor con la prosaica necesidad de hacer aguas menores.

Juan de la Cruz asintió con gravedad a los prudentes consejos del doctor; pero a los veinte y cinco años una cosa es prometer y otra cumplir, y más cuando los consejos vienen de un hombre —por muy doctor que sea— que ya ha doblado el promontorio de los sesenta. Y Juan recordaba, sonriendo irónicamente, cuando en su niñez el propio Acosta le aconsejaba: —No fumes, no fumes; tus bronquios te lo agradecerán cuando seas hombre. Y, en tanto, el doctor saboreaba un enorme veguero, envolviéndose en densas nubes de humo.

Y ocurrió lo que fatalmente tenía que ocurrir. Juan de la Cruz se enamoró ciegamente de una jovencita de diecisiete años, con la que se casó al poco tiempo.

María del Pino era rubia, de ojos profundamente azules y rojos labios, pregoneros de una espléndida salud. Sus amplias y fuertes caderas prometían una maternidad fuerte y fecunda. Esta fue la más atroz agravante del crimen de Juan de la Cruz.

Asistió a la boda, invisible para todos menos para el pobre Juan, el hombre perro, cuyo rostro feroz, en el que brillaban los ensangrentados ojos con intensa expresión de odio, parecía llenar toda la iglesia. El rostro horrible lo persiguió hasta la alcoba, y sólo al amanecer, la luz del sol naciente borró la trágica visión.

Transcurrió un año y, durante él, Juan de la Cruz hubo de visitar a menudo al doctor Acosta. Dos copiosos vómitos de sangre pusieron la nota trágica en su triste vida de pobre diablo.

—Bien te lo advertí, muchacho —se lamentaba el médico—, bien te lo advertí.

Así, poco a poco, la implacable peste blanca fue minando la existencia del pobre diablo, quien, a pesar de las

precauciones aconsejadas por el doctor, contagió a la infeliz María del Pino. Fue un espectáculo lastimoso el de aquella acelerada e inevitable agonía. La pobre mujer, antes fuerte y robusta, espléndida promesa de madre sana y fecunda, íbase inclinando ahora hacia la tierra con pavorosa rapidez. Su avanzado embarazo hacían más triste y lamentable la proximidad de la muerte.

Llegó el final a pasos agigantados. Una tarde de otoño, al toque de oraciones, a poco de nacer su hijo, María del Pino moría en brazos de Juan, a quien en vano trataba de consolar el doctor Acosta.

* * *

Con el rostro crispado en una mueca abominable, Juan de la Cruz seguía soñando, mientras por el campo, húmedo de rocío, se iba esparciendo como un polvillo dorado la claridad indecisa del amanecer. El croar de las ranas sonaba cada vez más débil, más lejano, como si la brisa suave del alba lo barrierá hacia los confines del valle.

Y entonces, con pasmosa rapidez, surgió clara y distinta la espantosa visión. Ya estaba allí, junto a él, llenando todo el espacio de cielo que recortaba el marco de la ventana. En el centro del grupo, el hombre-perro, con sus ojos de lobo carnívoros, con estrías rojas en torno a las feroces pupilas; a su derecha, la rígida silueta de una mujer alta y flaca, con el rostro de una amarillez de cirio que hacía resaltar más el azul de sus ojos, dilatados e inmóviles, y la boca contraída de la que brotaba la sangre a borbotones, manchando de rojo la blanca túnica pendiente de sus hombros esqueléticos; a la izquierda, una figura informe, macrocéfala, un esbozo de hombre, bajo cuya frente abombada se delineaba un rostro simiesco en donde brillaban los ojos con una expresión de intolerable tristeza. El aire estaba impregnado de un fuerte olor a carne podrida.

En tanto, el hombre-perro parecía decir blandamente, quedamente:

—Míranos, hombre, atrévete, no nos temas: somos obra tuya; no te avergüences de nosotros. No eres un asc-

sino. ¡Ni siquiera eso! Eres simplemente un pobre diablo, ¡tan sólo un pobre diablo!

De improviso, entre las ligeras nubes que cubrían el cielo por el lado del naciente, surgió el sol como un violento estallido de luz y calor, esparciendo la vida y el movimiento por todo el valle, haciendo brillar las cimas de los montes, las hojas de los árboles y el agua quieta de los estanques.

La visión desapareció con la misma rapidez con que surgiera, y Juan de Cruz, hundido blandamente en el desvencijado sillón, junto a la mesa cubierta de papeles y libros, se sumergió en el tranquilo y eterno sueño, sin imágenes ni pesadillas.

En el aire luminoso y alegre de la mañana flotaba el suave y dulce perfume de los azahares.

JUAN MILLARES CARLO